RLFP Revista Latinoamericana de Filosofía Política

Centro de Investigaciones Filosóficas

ISSN 2250-8619 • Vol. XIV • N° 2 • 2026 • Buenos Aires • Argentina

FERNANDO LIZÁRRAGA Y EL NECESARIO DIÁLOGO ENTRE LIBERALISMO Y SOCIALISMO

Ariel Petruccelli

SIMPOSIO

MARXISTAS Y LIBERALES DE FERNANDO LIZÁRRAGA

RLFP Revista Latinoamericana de Filosofía Política

Vol. XIV - Nº 2 (2026) — pp. 6-19

ISSN 2250-8619

FERNANDO LIZÁRRAGA Y EL NECESARIO DIÁLOGO ENTRE LIBERALISMO Y SOCIALISMO (en medio del ruido ensordecedor del capitalismo posmoderno)

Ariel Petruccelli
Universidad Nacional del Comahue (Argentina)
arpetrus@gmail.com

RESUMEN

Libertad, justicia, igualdad, autonomía son las hebras que conforman la cuerda roja que atraviesa las páginas de *Marxistas y liberales*. La búsqueda de acuerdos que propone el autor tiene como referencia al liberalismo igualitario, al tiempo que mantiene un combate frontal con el liberalismo económico, el neoliberalismo hegemónico y el libertarianismo en ascenso. Esta obra de Fernando Lizárraga asume que, si el socialismo no puede afirmar sus convicciones fundamentales en una supuesta certeza científica sobre el destino histórico, la alternativa más realista es sustentarlas en la ética. Quien se tome en serio el socialismo y la revolución, la libertad, la igualdad, la fraternidad y el horizonte utópico, necesita reconocer la importancia del diálogo entre el marxismo y las variantes igualitarias del liberalismo. Este diálogo entre tradiciones herederas de la Ilustración se vuelve indispensable frente al tribalismo identitario y el subjetivismo de la actual lógica cultural neo-romántica.

Palabras clave: autonomía, Ilustración, liberalismo igualitario, marxismo, socialismo.

ABSTRACT

Freedom, justice, equality, and autonomy are the threads that make up the red rope that runs through the pages of Marxistas y

liberales. The search for agreements proposed by the author draws from the main tenets of egalitarian liberalism, while maintaining an unwavering struggle against economic liberalism, hegemonic neoliberalism, and rising libertarianism. This work by Fernando Lizárraga assumes that, if socialism cannot affirm its fundamental convictions through a supposed scientific certainty about historical destiny, the most realistic alternative is to base them on ethics. Those who take socialism, revolution, freedom, equality, fraternity, and the utopian horizon seriously need to recognize the importance of the dialogue between Marxism and the egalitarian versions of Liberalism. This dialogue between traditions derived from the Enlightenment becomes crucial in the face of identity tribalism and the subjectivism of the current neo-romantic cultural logic.

Keywords: autonomy, Egalitarian Liberalism, Enlightenment, Marxism, Socialism.

El diálogo, la conversación, no digamos ya el entendimiento entre liberales y socialistas nunca fue asunto sencillo. En ningún sitio. Y las tierras argentinas no son ninguna excepción: para el activismo o la militancia de izquierda (e incluso meramente progresista), liberalismo es más bien una mala palabra. Los liberales y el liberalismo son identificados con el enemigo; y las teorías liberales mayormente consideradas despreciables. Exactamente lo mismo sucede desde el otro campo: para los liberales vernáculos el socialismo suele ser visto como una abominación, como el Gran Otro, como el inequívoco enemigo. Comunismo, socialismo y más recientemente populismo, han sido las bestias negras del pensamiento liberal y conservador.

Sin embargo, no está de más recordarlo, desde John Stuart Mill (2011) en adelante, la asociación amistosa entre liberalismo y socialismo ha sido una realidad en muchos sitios; aunque se trató ante todo de un vínculo principalmente teórico, con escasa traducción práctica. Minoritaria, acosada, despreciada e incluso olvidada, cierta tradición de socialismo liberal –o de liberalismo socialista– ha tenido el coraje de tender puentes

allí donde otros sólo podían pensar en arrojar bombas. Fernando Lizárraga pertenece plenamente y con toda justicia a esta tradición. Siguiendo los pasos de Gerald Cohen (1995, 2001, 2008, 2011), pero despegándose de él en cuestiones no menores y avanzando por su cuenta bastante más allá, desenvuelve un diálogo profundo y fructífero con el liberalismo o, para ser más preciso, con el liberalismo igualitario de John Rawls (2000 [1971]). Porque hay que decirlo de entrada: el diálogo y la búsqueda de acuerdos que Lizárraga establece tienen como referencia al liberalismo político en su vertiente igualitaria. En cambio, mantiene una distancia total (y en ocasiones un combate frontal) con el liberalismo económico en general, con el neoliberalismo hegemónico en las últimas décadas y con el libertarianismo, ascendente en los últimos tiempos.

Ahora bien, ¿por qué sería necesario un diálogo entre socialistas y liberales y, especialmente, entre marxistas y liberales igualitarios? Son varias las razones, y Lizárraga (2016) las explora todas. Me gustaría comenzar por una muy básica pero fundamental. Se trata de una razón que no siempre es bien comprendida y calibrada en los espacios académicos, ni tampoco en los ambientes políticos que podríamos llamar "progresistas": es decir, genéricamente de izquierdas pero sin ninguna aspiración de transformación radical del sistema; sin ningún objetivo claramente revolucionario. Pero es, también, una razón que resulta absolutamente fundamental desde una perspectiva militante revolucionaria.

La potencia intelectual del marxismo es algo que cualquiera que conserve el juicio no podría más que reconocer; y la instalación del marxismo en los ámbitos universitarios luego de la segunda mitad del siglo XX es un dato empírico que no se puede desmentir. Pero ello no debería hacernos olvidar la inspiración fundamentalmente política de la obra de Marx y de la tradición marxista. Y bien, en la tradición marxista una creencia fundamental (abonada por el propio Marx en algunos escritos, pero rechazada con firmeza en textos tardíos) ha sido pensar que el curso histórico se dirigía de manera irrevocable hacia el comu-

nismo. La dialéctica histórica, se decía, garantiza el triunfo de las fuerzas del progreso que a largo plazo coincidirían con el comunismo. Esa concepción siempre tuvo fallos, desde el inicio: supone una confianza excesiva en la capacidad de prever el futuro a largo plazo. En términos filosóficos, incurre en los vicios de las llamadas "filosofías sustantivas de la historia" (para usar el término que popularizara Arthur Danto) (2014) y en el pecado (más discutible pero no fácilmente defendible) de "historicismo" en el sentido empleado por Karl Popper. En los últimos tiempos, por lo demás, a la luz de la debacle del llamado "socialismo real", su credibilidad se ha visto literalmente devastada. Por otra parte, es evidente, la lucha por el socialismo ha sido siempre una actividad de altísimo riesgo: de la marginación y las persecuciones, al asesinato y la tortura, pasando por encarcelamientos y despidos laborales, todo esto ha sido lo habitual para la mayor parte de los militantes marxistas, sobre todo los adherentes a las perspectivas revolucionarias. Y se comprende que una actividad de alto riesgo personal presupone una gran fe en la causa por la que se lucha, confianza en su triunfo, certeza sobre su legitimidad. Tanto o más importante en la medida en la que quienes luchan se hallen en inferioridad de condiciones materiales: se necesita mucha más fuerza moral para enfrentar a cuerpo descubierto a un tanque que para conducirlo. Las corrientes marxistas mayoritarias habían afincado esas certezas en lo que creían era una "certeza científica". Pero es precisamente este tipo de certeza lo que hoy resulta insostenible (en realidad, estrictamente, siempre lo fue, pero en el pasado había quienes creían en ella).

Ahora bien, si el socialismo no puede afirmar sus convicciones fundamentales en una supuesta "certeza científica" sobre el destino histórico, entonces resulta obvio que debe hallar un sustituto, una alternativa capaz de brindar sustento firme a una acción política de gran intensidad y alto riesgo. La fuente tradicional de las certezas existenciales ha sido la religión. Pero el refugio religioso no parece lo más factible para un marxista. ¿Existe alguna alternativa? Sin duda: la alternativa más

realista es sustentar las creencias fundamentales en la ética. Pero esto supone un cambio fundamental en relación con un conjunto de presunciones muy extendidas dentro de la tradición marxista. Entraña, de hecho, algo tan grueso como tener que asumir que el marxismo tuvo un "déficit ético" o tendió a apoyarse en una metaética equivocada, como sostuviera con plena razón Alex Callinicos (2006:273). Y, sin embargo, la fusión del marxismo con la reflexión ética es un camino ineludible para quien quiera reflexionar con rigurosidad, tanto como para quien quiera seguir desafiando al poder concentrado del Estado y del capital.

En vista de todo esto, la recuperación de la dimensión ética por parte de Gerald Cohen ha sido un paso fundamental. Un paso que Fernando Lizárraga también ha dado en *Marxistas y liberales* y en otros escritos, profundizando en esa dirección. Quien sea consciente de lo que implica el desafío revolucionario a la sociedad del capital y mantenga, a la vez, un alto grado de rigor lógico y esté al tanto de las discusiones en el campo de la ciencia y la filosofía, no podrá más que valorar positivamente este intento.

Otra razón de gran peso para tender puentes entre la tradición liberal igualitaria y la socialista tiene que ver con la necesidad de la lucha común contra el neoliberalismo. Al respecto, cabe recordar que en el mismo momento en que Margaret Thatcher afirmaba que la justicia es una quimera y que lo único que cuenta es la eficiencia, John Rawls defendía que la justicia es la principal virtud de una sociedad y que, si una institución es eficiente pero injusta, debe ser reformada o abolida. ¿Cómo podría un socialista pasar por alto este *díctum* rawlsiano?

Pero más allá de las necesidades de la lucha ideológica en el momento de auge neoliberal, el liberalismo rawlsiano ofrece insumos fundamentales que la tradición socialista no puede menospreciar. Su *principio de la diferencia*, por ejemplo, es un instrumento sumamente interesante, como poco, para pensar en los criterios de justicia en una transición revolucionaria más allá del capitalismo, y que puede proporcionar pistas su-

mamente pertinentes para pensar los dilemas ante los que se enfrentó Karl Marx y que procuró solucionar distinguiendo (no sin problemas) dos etapas del socialismo, regidas respectivamente por lo que llamó el "principio de contribución" y el "principio de las necesidades" (Marx, 1875). Los argumentos iniciales de Cohen, retomados y ampliados por Lizárraga, en el sentido de que una aplicación consistente del "principio de la diferencia" –a pesar de la creencia de Rawls– es en verdad incompatible con el capitalismo, tienen no poca importancia. Quien se tome en serio el socialismo y la revolución, la libertad y la igualdad, las instituciones sociales y el horizonte utópico, no podrá más que reconocer la importancia capital de estas discusiones. Y, sin embargo, mucha gente en las izquierdas ha mirado con desconfianza e incluso con inocultable hostilidad al liberalismo igualitario, como si esta corriente intelectual tan variopinta no fuera otra cosa que una nueva manipulación engañosa del enemigo de siempre, pura ideología burguesa.

Todo diálogo con otras tradiciones se expone, desde luego, a la sospecha de haber cedido a las premisas y al lenguaje del adversario. El riesgo es real, pero la respuesta que ofrece Lizárraga es contundente: el marxismo debe encararse con lo más potente del pensamiento de cada época. Y debe y puede hacerlo porque sus reservas intelectuales son sólidas y poderosas, a pesar de su inocultable marginalidad política. El refugio intelectual endogámico, lejos de fortalecer al marxismo, es más bien la vía hacia su defunción. Por consiguiente, el camino por el que avanza Lizárraga es un buen camino: la resuelta defensa de los valores comunistas, combinada con un espíritu dialógico y una gran capacidad para comprender cada línea argumentativa, cada tradición intelectual, cada núcleo teórico, "en sus propios términos".

En *Marxistas y liberales* se aprecia, por lo demás, un gran esfuerzo de totalización: una búsqueda de atar cabos, de relacionar lo que, en principio, no tiene relaciones aparentes; un afán por romper los marcos estrechos de convenciones establecidas, sean estas convenciones académicas o políticas. Pero este

proceso dialectizador se desenvuelve a partir de un profundo y cuidadoso análisis. Lizárraga desenvuelve un pensamiento dialéctico que no está reñido con el pensamiento analítico. El suyo es, con toda legitimidad, un marxismo analítico. Pero el marxismo analítico no tiene por qué contraponerse al marxismo dialéctico; una funesta contraposición en la que se ha caído no pocas veces. Lizárraga dialectiza cuando en necesario dialectizar. Y entiéndase por dialectizar el desarrollo de un pensamiento más totalizador y, por consiguiente, más inseguro y especulativo, menos demostrativo, que el que es posible desarrollar en una investigación científica, necesariamente acotada y reductiva. Pero lo hace en base a un sólido análisis lógico y empírico. *Marxistas y liberales* rebosa, pues, de los mejores atributos del marxismo analítico (espíritu crítico, rigor conceptual, claridad expositiva, capacidad dialógica y comprensiva), sin por ello carecer de pulsiones dialécticas, vale decir, totalizadoras. De manera semejante, el de Lizárraga es un marxismo firmemente filosófico, pero no por ello menos político.

Hay, por último, otro aspecto fundamental por el que el diálogo entre liberales y marxistas parece necesario en la actualidad. Ambas tradiciones son legítimas herederas de la Ilustración. Marxismo y liberalismo hicieron de la *razón*, de la *crítica* y de la *autonomía individual* el punto arquimédico de su pensamiento (el marxismo que abandonó estos principios traicionó la piedra angular de Marx, para quien nada era más importante que la libertad, concebida como autodeterminación). En esto, liberales y socialistas se separaban de la reacción romántica, amparada en la *emoción*, la lealtad a la *tradición* y el *sometimiento del individuo* a las normas convencionales de alguna entidad colectiva. A mediados del siglo XX las dos corrientes intelectuales herederas de la Ilustración lucharon juntas contra los movimientos inspirados en el romanticismo: sobre todo lucharon contra el nazi fascismo. Luego de haber derrotado al fascismo, el liberalismo se impuso sobre el socialismo, hacia finales del siglo XX. Sin embargo, el curso histórico no es un proceso darwiniano, y mucho menos un proceso darwiniano

lineal y puramente intelectual. La expansión del triunfante capitalismo y la adopción de sus modalidades posmodernas hicieron que un neo romanticismo se convirtiera en la lógica cultural dominante: hoy la emocionalidad exaltada y simplona se impone sobre la sobria razón, tanto en la vida política como en la cultural; la criticidad pública se ha desplomado, reemplazada por una fe ciega en la ciencia y la tecnología que tiene más parentesco con los dogmas religiosos que con la crítica ilustrada; el tribalismo identitario (antes que una genuina autonomía individual) se expande de la mano de un subjetivismo desembozado que abjura del viejo anhelo científico e ilustrado de objetividad (una palabra que a muchos les parece de por sí sospechosa o deplorable). En este contexto, cierta alianza intelectual entre marxistas y liberales parece indispensable para defender a la razón y al pensamiento crítico de los embates de nuevos fanatismos. Y esto es tanto o más necesario debido a que, en los confusos tiempos en los que vivimos, muchos fanatismos se presentan bajo las banderas de la crítica, y nuevas formas de obediencia se piensan a sí mismas como rebelión. En el desorden y la confusión de nuestro mundo posmoderno, recrear el espíritu de la Ilustración es tan necesario como dificultoso. Pensador sobrio e ilustrado, Lizárraga nos regala no pocos insumos para orientarnos en este mundo desquiciado. Él ha hecho suya la consigna que en el año 2000 reivindicó Perry Anderson: "es el espíritu de la Ilustración, no el de los evangelios, lo que más necesitamos" (Anderson 2000, 13).

Además de una discusión intensa y profunda con el liberalismo igualitario, *Marxistas y liberales* nos ofrece pormenorizadas discusiones al interior de la tradición marxista, sin hacer a un lado, inclusive, algunas meticulosas disquisiones exegéticas de la obra de Marx. Como apuntáramos, Lizárraga sigue los pasos de Cohen, pero en ocasiones se distancia de él. Dos son las oportunidades fundamentales en las que toma distancia crítica del autor de *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa* (1986). La primera tiene que ver con la presunción coheniana de que Marx concibió al comunismo como una sociedad de abun-

dancia irrestricta y, por consiguiente, en términos rawlsianos, como una sociedad que estaría "más allá de las circunstancias de justicia". Aunque no me convence el argumento exegético de Lizárraga en este punto (considero, como Cohen, que Marx efectivamente supuso en algunos textos un comunismo de la abundancia), estoy completamente de acuerdo con Fernando en que una abundancia ilimitada no es imaginable en cualquier futuro previsible, y en que de este reconocimiento se desprenden dos conclusiones fundamentales. Desde el punto de vista político y normativo, hay que concluir que es imperiosa la necesidad de subsanar el "déficit ético" del marxismo, al que sólo un espíritu de capilla puede ignorar o menospreciar. Desde el punto de vista económico y social, cabe concluir en la necesidad de un socialismo ecológicamente consciente e, inclusive, comprometido con cierto "decrecimiento" económico, lo cual supone un cúmulo de nuevos desafíos. No es este el lugar ni el momento de desarrollar este punto, pero en los años venideros buena parte del debate ecológico central se librará entre las diferentes perspectivas asociadas al llamado *Green New Deal* y las perspectivas decrecentistas. Lizárraga toma partido, con toda razón, por alguna forma de socialismo decrecentista.

El segundo aspecto fundamental en el que Lizárraga se distancia de Cohen es en lo que hace el "principio de autopropiedad", piedra basal del liberalismo propietarista y del libertarianismo. Cohen piensa que Marx aceptaba el principio de autopropiedad y que ello fue un error teórico con negativas consecuencias políticas. Fernando, por el contrario, arguye que Marx en modo alguno reconoció como válido el principio de autopropiedad. Considero que en este campo la exégesis correcta es la que desarrolla Lizárraga. Marx no cometió el error teórico que Cohen le imputa y, por consiguiente, no es necesario en este terreno formular ninguna corrección.

Posiblemente sea el tercer capítulo de *Marxistas y liberales* "Marxismo, autopropiedad y abundancia", el que revista mayor relevancia política en el contexto actual. Y esto es así tanto por el auge del libertarianismo (una de cuyas premisas nodales

es justamente la autopropiedad), como por la importancia de la "abundancia" –y las contundentes críticas lanzadas a las ilusiones "abundantistas" en un mundo acosado por la crisis ecológica y el agotamiento de las fuentes energéticas no renovables– en las discusiones contemporáneas.

Antes de la captación de la atención pública por las corrientes libertarianas, la discusión filosófica aparentemente abstracta en torno al principio de autopropiedad había cobrado relevancia, para quien quisiera verlo, con el auge del feminismo de la llamada "tercera ola", que entre otras cosas popularizó la consigna "mi cuerpo es mío". En un movimiento típicamente característico del campo intelectual y cultural contemporáneo, una demanda "progresista" se asentó, ingenuamente, en un principio que es en realidad una piedra basal de las corrientes ultraliberales. Para decirlo un tanto provocativa y burdamente: una demanda de izquierdas se fundó en una conceptualización de derechas, con peligrosas consecuencias a largo plazo. Lizárraga muestra, aunque lo haga en este libro indirectamente, que la defensa de la libertad personal puede y debe basarse en el concepto de *autonomía*, mucho más consistente con las tradiciones de izquierda y socialistas, antes que en el principio de autopropiedad, que en realidad viene de perillas a la derecha neoliberal y da pábulo a la mercantilización indefinida de todas las cosas y de todas las personas. Dado que en el panorama cultural contemporáneo predomina un inmediatismo que tiende a ignorar el pasado y el conocimiento histórico, así como una fragmentación intelectual y práctica que imposibilita ver con claridad las consecuencias, a veces ominosas, de tomar palabritas que "suenan bien" o trasladar de manera poco crítica conceptos de un campo a otro, todo esto reviste gran importancia y evidente actualidad. En cualquier caso, la hegemonía del neoliberalismo, pese a todas las protestas, se ve reafirmada por aquello que Nancy Fraser denomina "neoliberalismo progresista". Que formas abiertas o solapadas de "neoliberalismo progresista" pasen actualmente como "izquierda" habla muy a las claras tanto de la carencia de horizonte utópico, cuanto

de la hegemonía neoliberal. En el terreno intelectual, esta hegemonía se manifiesta en el hiperindividualismo privatizado y consumista (aunque el consumo pueda ser consumo político o cultural), el subjetivismo y el emocionalismo que informa la cultura contemporánea, y en el que se hallan casi completamente sumergidas las corrientes progresistas e incluso de izquierdas. Esto ha generado las bases culturales de nuevas formas de obediencia (al sistema) que se presentan, muy ilusoriamente, bajo la apariencia de la rebelión y que, al convertirse en gobierno (cosa nada infrecuente), lejos de introducir alguna modificación estructural, afianzan en realidad las estructuras materiales y simbólicas del sistema capitalista y de la sociedad industrial, generando como reacción oleadas de ilusorias rebeliones de signo contrario, en este caso asociadas a la "derecha": se trata del fenómeno que ha llevado a muchos intelectuales a preguntarse si la rebeldía se ha vuelto de derechas. La triste realidad subyacente es que, tanto de "izquierdas" como de "derechas", se trata de rebeldías imaginarias, fantasmáticas, verdaderos simulacros de rebeldía, ilusión en estado puro. Para el capitalismo posmoderno hoy hegemónico, la "rebeldía" se ha convertido en un nicho comercial muy lucrativo y en una fuente inagotable de manipulaciones publicitarias.

Para que la rebeldía sea genuina, y no una simple pataleta, son necesarias varias condiciones que en el presente se encuentran mayormente ausentes. Una de ellas es el ejercicio de la razón crítica, expuesta públicamente y sin concesiones intelectuales amparadas en una "corrección política" que, a estas alturas, se está tornando funesta. Libros como el de Fernando Lizárraga ayudan, y mucho, al ejercicio de una razón crítica pública. Y esto es así por una sencilla razón: a pesar de estar conformado por textos de origen académico en los que se despliega una gran erudición, no hay en ellos ningún regodeo en excentricidades lingüísticas, hay una búsqueda constante de claridad y concisión en la exposición. Un lector o una lectora sin especialización en filosofía moral o política puede seguir los argumentos con relativa sencillez. Esto es mucho, segura-

mente, lo que debe a las características de la filosofía analítica en general, y del marxismo analítico en particular, de los que Fernando abreva. Pero sin dudas se halla sobredeterminado por otras tres circunstancias biográficas: su experiencia en el periodismo, su trayectoria docente (que incluye no sólo clases universitarias de grado y posgrado, sino también en la enseñanza media) y su vida en Neuquén, una ciudad en la que existe un amplio segmento social acostumbrado tanto a la lucha callejera como a los debates políticos, lo que ha hecho posible que ciertas discusiones, que en otros contextos son muy propias de "nichos" académicos, tengan es ese rincón de la Patagonia una audiencia más amplia y variada. Todas estas cosas (experiencia periodística, docencia en diferentes niveles de enseñanza y contexto local), se han conjugado para que un escritor atento y comprensivo como Lizárraga pueda desarrollar un registro de escritura que, de manera un tanto inusual, combina belleza, sencillez y profundidad, haciendo sus páginas aptas para públicos muy diversos.

Libertad, justicia, igualdad, autonomía. Estas son las hebras que conforman la cuerda roja que atraviesa *Marxistas y liberales* de principio a fin. Quien se sumerja en sus páginas hallará una argumentación erudita, finamente desplegada, generosa en sus juicios, poco afecta a las estridencias pero inconmovible en su voluntad crítica y dialógica. Un repaso al apartado "Desde América Latina", incluido en el primer capítulo, sirve muy bien para calibrar la especificidad de la recepción del liberalismo igualitario por parte de Lizárraga, menos hostil y más comprensiva de lo que ha sido habitual en nuestras tierras. En ellas, siguiendo una inveterada tradición, ha sido frecuente incluir a los liberales igualitarios en una misma bolsa con los neoliberales.

Con un estilo y una temática relativamente anómalos respecto a los cuatro capítulos anteriores, el capítulo final merece una atención especial. "Fraternidad y felicidad en el socialismo" rescata del olvido un texto poco conocido de George Orwell, publicado en el periódico *Tribune* en 1943 bajo el pseudónimo de John Freeman, y que posee un título provocador: "¿Pueden

ser felices los socialistas?". En estos tiempos en que toda una "industria de la felicidad" se despliega como negocio sumamente rentable y se ha constituido en una verdadera ideología posmoderna que posee, además, consecuencias políticas y culturales de gran envergadura –y podríamos agregar, en un sentido más valorativo, bastante nocivas– la atenta lectura tanto del viejo texto orwelliano como de las agudas reflexiones desarrolladas a partir del mismo por Fernando Lizárraga presentan una enorme pertinencia y actualidad. El argumento desplegado es sólido y está muy bien entramado. Aquí quiero limitarme a la conclusión fundamental. El principal valor y el gran objetivo del socialismo es la fraternidad. La felicidad es un concepto ambiguo, potencialmente frustrante y muy fácilmente manipulable por el individualismo capitalista bajo la forma de una de las expresiones más típicas de la ideología burguesa: el utilitarismo. Lizárraga se toma el trabajo de rescatar el tercer gran principio de la Revolución francesa, aquél que acompañara a los mucho más afortunados principios de igualdad y libertad: como es obvio, se trata del principio de fraternidad. La fraternidad, olvidada en buena medida por la filosofía política, es reivindicada y precisada por Lizárraga en las páginas finales de su libro, dotándola de un inequívoco y muy necesario contenido socialista. La originalidad y la audacia de este rescate de la fraternidad recuerda a una operación, semejante en voluntad e intención, pero diferente en la forma, desarrollada por Antoni Domènech en un libro tan maravilloso como poco leído: *El eclipse de la fraternidad* (2004).

Marxistas y liberales es un libro que puede ser leído provechosamente como una introducción a las discusiones desarrolladas en los últimos lustros entre marxistas heterodoxos (mayormente de la tradición analítica) y liberales de izquierdas. Puede ser leído, también, como una intervención, con voz y pensamiento propios, en este campo polémico. Y puede ser leído, por último, como un conjunto de reflexiones filosóficas filosas sobre problemas políticos y culturales contemporáneos. Esta conjunción no es, desde luego, un logro menor.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Perry. 2000. "Renovaciones", *New Left Review* 2 (May-June): 5-20.

Callinicos, Alex. 2006. "Igualdad y capitalismo". En *La teoría marxista hoy. Problemas y Perspectivas*, compilado por A. Boron, J. Amadeo y S. González. Clacso, pp. 263-280.

Cohen, Gerald A. 1986. *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*. Siglo XXI.

Cohen, Gerald A. 1995. *Self-ownership, Freedom, and Equality.* Cambridge University Press-Maison des Sciences de l'Homme.

Cohen, Gerald A. 2001. *Si eres igualitarista, ¿cómo es que eres tan rico?* Paidós.

Cohen, Gerald A. 2008. *Rescuing Justice and Equality.* Harvard University Press.

Cohen, Gerald A. 2011. *¿Por qué no el socialismo?* Katz.

Danto, Arthur. 2014. *Narración y conocimiento*. Prometeo.

Domènech, Antoni. 2004. *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista.* Crítica.

Lizárraga, Fernando. 2016. *Marxistas y liberales. La justicia, la igualdad y la fraternidad en la teoría política contemporánea*. Biblos.

Marx, Karl. 1875. *Crítica del Programa de Gotha*. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gotha/critica-al-programa-de-gotha.htm>.

Mill, John Stuart. 2011. *Capítulos sobre el socialismo*. Alianza.

Rawls, John. 2000 [1971]. *Teoría de la Justicia.* Fondo de Cultura Económica.

Fecha de recepción, 14 de agosto 2024
Fecha de aceptación, 2 de febrero 2025